

EL TEMA: SUNNÍES Y CHIÍES: LECTURAS POLÍTICAS DE UNA DICOTOMÍA RELIGIOSA

GEOPOLÍTICA DEL CONFLICTO ENTRE SUNNÍES Y CHIÍES: UNA VISIÓN GLOBAL

Barah Mikail

Con la «Primavera Árabe», el conflicto general entre sunníes y chiíes parece haberse reavivado. Aunque la «cuestión sunní-chií» no se limita de ninguna manera al mundo árabe, es sin duda en esta región del mundo donde se están escenificando los más claros ejemplos de conflictos sectarios. Si bien las raíces de esta cuestión se remontan a hace 14 siglos, se trata de una rivalidad que siempre tiene mucho que ver con la situación política de cada momento. Resulta por lo tanto importante no exagerar el papel desempeñado por el sectarismo religioso en los acontecimientos actuales. Hoy en día existe una clara conflictividad social que, aunque ciertamente relacionada con cuestiones religiosas, tiene sobre todo que ver con las rivalidades entre Estados. No cabe duda que la mezcla entre cuestiones políticas y religiosas es inherente a la historia misma del islam, pero ¿qué puede ocurrir con el incremento del sectarismo observable en toda la región?, ¿se mantendrá como una cuestión básicamente política, limitándose a las relaciones entre los regímenes y gobiernos?, ¿o bien, al contrario, se extenderá cada vez más hasta afectar a la vida cotidiana de sus pueblos y ciudadanos, derivando progresivamente estos desencuentros entre sunníes y chiíes hacia una lucha cada vez más encarnizada y global? Para responder a estas preguntas, conviene primero repasar los principales hechos que han contribuido a la división del islam en varias ramas, partiendo del sunnismo y del chiismo. Tras lo cual, aportaremos ejemplos concretos del conflicto actual entre ambas corrientes y analizaremos por qué ha derivado hacia expresiones violentas. Finalmente, formularemos algunas sugerencias relacionadas con el futuro de las relaciones entre sunníes y chiíes y cómo superar el conflicto.

Entre la política y la religión: las razones de un conflicto clave

Las raíces del conflicto entre sunníes y chiíes pueden parecer básicamente teológicas, pero si las observamos en detalle, no es difícil constatar que tienen también mucho que ver con cuestiones políticas y de rivalidades de poder. De hecho, la semilla de este gran conflicto interislámico fue sembrada en el momento del fallecimiento de Muhammad —el profeta del islam— en el año 632. Muhammad carecía de sucesor masculino. Tras su muerte, sus compañeros —aquellos que se habían convertido al islam y se habían adherido a sus pensamientos y enseñanzas— se reunieron en al-Saqifa, un lugar ubicado en la ciudad de Medina, y nombraron a Abu Bakr, uno de sus «compañeros», el primer califa del islam (632-634). A este le siguieron Omar (634-644), Othman (644-656) y Ali (656-661). El problema surgió cuando Moawiya,

gobernador militar de Damasco, rechazó la legitimidad de Ali (primo y yerno de Muhammad).¹

Hay que entender este intento de Moawiya de deslegitimar la concesión a Ali del título de «califa del islam» desde una perspectiva esencialmente política.² De hecho, desde un punto de vista religioso, los méritos y legitimidad de Ali estaban sobradamente a la altura de los califas que lo precedieron. Era primo y yerno de Muhammad, y gozaba de una buena posición por haber vivido muchos años junto al profeta, llegando a convertirse prácticamente en su hijo adoptivo. Pero aún más importante es el hecho de que Ali fue la primera persona en convertirse al islam, mientras que Abu Bakr, Omar y Othman tardaron más tiempo en avenirse a los llamamientos de Muhammad a abrazar la nueva fe. ¿Por qué no fue entonces elegido como el primer sucesor de Muhammad? La historia nos cuenta que mientras Ali se encargaba de lavar el cuerpo de Muhammad antes de su entierro, el resto de «compañeros del profeta» se reunieron en al-Saqifa para elegir entre los presentes a su sucesor. La ausencia de Ali debilitó pues su posición, razón por la cual se vio obligado a esperar más de veinte años para ser nombrado califa. Por lo tanto, el desafío de Moawiya a la autoridad islámica de Ali carecía pues de argumentos religiosos de peso. Puesto que los califas concentraban en sus manos tanto los poderes espirituales como los temporales, el gobernador de Damasco se basó en un cuestionamiento político para alcanzar sus objetivos.³

Moawiya argumentó que Ali era el responsable del asesinato de su predecesor Othman. El cuarto califa del islam negó esta acusación, pero la posición de poder de Moawiya le permitió armar a un ejército propio y desafiar a Ali a entablar combate, para que la gente viera cuál de los dos era más poderoso y, por lo tanto, tenía mayor legitimidad para encabezar el islam. Pero cuando ambos ejércitos se hallaban frente a frente, listos para entrar en combate, Ali renunció súbitamente a luchar. Su decisión fue rápidamente instrumentalizada por Moawiya, que consideró el acto de su adversario como una muestra de cobardía que confirmaba su falta de legitimidad. Fue en este momento cuando tuvo lugar la principal división de los musulmanes entre sunníes y chiíes. Resumiendo la cuestión, se puede decir que los que apoyaron las actuaciones de Moawiya iniciaron la corriente que hoy en día denominamos sunní, mientras que los seguidores de Ali hicieron lo propio con la tendencia chií. A partir de entonces, ambas

1 Maxime Rodinson (2013). *Mahomet*. Paris: Editions du Seuil.

2 Para tener más detalles sobre los puntos que siguen y sobre las interferencias entre las dimensiones políticas y religiosas en el conflicto sunnismo-chiismo, algunos libros recomendables son: Roy P. Mottahedeh (2008). *The Mantle of the Prophet: Religion and Politics in Iran*. Oxford: Oneworld; Mohammad Ali Amir Moezzi y Christian Jambet (2004). *Qu'est-ce que le Shi'isme?* Paris: Fayard; y Hichem Djait (2008). *La Grande discord: Religion et politique dans l'islam des origines*. Paris: Gallimard. La mayoría de los puntos que desarrollamos a continuación están basados en los datos y explicaciones aportadas por estas obras.

3 Hay varias maneras de interpretar la estrategia de Moawiya; una es la interpretación ortodoxa, normalmente defendida por los sunníes, la otra es la interpretación crítica, mayoritariamente seguida por los chiíes. Para comprender la versión chií de estos acontecimientos, véase Mohammad Ali Amir-Moezzi y el Institute of Ismaili Studies (2011). *The Spirituality of Shi'i Islam: Beliefs and Practices*. Londres: I. B. Tauris. También resulta muy útil consultar: Mahmoud Mustafa Ayoub (2005). *The Crisis of Muslim History: Religion and Politics in Early Islam*. Oxford: Oneworld.

corrientes evolucionaron por su cuenta a lo largo de la historia, dando lugar a una violenta coexistencia en la misma región. Moawiya puso todo su poderío militar al servicio de sus ambiciones políticas. Todos los imperios que siguieron al reino de los omeyas —abbasí, otomano, etc.— pretendieron consolidar sus luchas y conquistas en base a la «legitimidad» política y religiosa.⁴

Pero los chiíes no reconocen a los tres primeros califas del islam, pues consideran que Ali fue el primer verdadero califa y el único sucesor legítimo de Muhammad, mientras los sunníes, aunque reconocen la legitimidad de Ali, no están de acuerdo con el rechazo chií a sus tres predecesores. Este desacuerdo no solo sigue vigente hoy en día, sino que se halla tan profundamente arraigado en cada una de estas tendencias religiosas interislámicas, que nada parece indicar que las relaciones entre ambas comunidades puedan encaminarse hacia la reconciliación, por lo menos en un futuro inmediato. Pero el islam es complejo y sus realidades y conflictos van mucho más allá de esta cuestión sunní-chií. Las numerosas comunidades que forman parte del islam poseen sus propias interpretaciones y creencias, lo que no hace sino fomentar esta fragmentación religiosa. Pero, con todo, la polarización sunní-chií supone, indudablemente, la mayor y más amenazante división del islam. En la actualidad, las pretensiones de ambas facciones de arrogarse la legitimidad tanto política como religiosa pueden tener una base más o menos popular, según el país o la región de la que estemos hablando, pero en cualquier caso, lo que resulta mucho más obvio es su instrumentalización gubernamental, que permite que esta división se convierta en uno de los principales pilares de sus políticas. Así, unos sucesos acontecidos hace más de 1.400 años siguen teniendo eco en las cuestiones geopolíticas actuales, añadiendo una mayor complejidad a los numerosos desafíos que ha de afrontar una región ya ampliamente sometida a una gran presión.

Oriente Medio es objeto de numerosas rivalidades y de una dura lucha por el liderazgo, y Arabia Saudí e Irán son los principales protagonistas de la misma. Aunque estas potencias se vean obligadas a admitir en sus cálculos a otros actores y estrategias, ambas acaparan gran parte de las perspectivas en curso en la región. Pero esto tampoco significa que la lucha entre iraníes y saudíes por el liderazgo en Oriente Medio y el norte de África sea necesariamente la principal cuestión en juego. Especialmente tras la Primavera Árabe, los acontecimientos insisten en demostrarnos el importante papel desempeñado por las particularidades de cada uno de los países del mundo árabe, que parecen evolucionar por su cuenta, aunque a veces compartan también situaciones comunes, como se ha podido comprobar en las revueltas que han conducido a la caída de Ben Ali en Túnez y de Mubarak en Egipto. Aun con todo, ninguno de los Estados de la región puede pretender pues cerrarse totalmente a las influencias externas. Y es aquí donde se evidencia hasta qué punto, tanto Arabia Saudí como Irán, pretenden imponerse constantemente, con sus respectivos intentos de hacerse con las riendas del mundo árabe y de atraer al mayor número de actores hacia la defensa de sus políticas y puntos de vista.

4 Para ampliar diversos aspectos relacionados con el islam y su historia y evolución, véase John L. Esposito (ed.) (1999). *The Oxford History of Islam*. Oxford: Oxford University Press.

La búsqueda actual de legitimidad

Arabia Saudí se representa a sí misma como la legítima protectora de los intereses sunníes. La presencia en su territorio de dos de los tres lugares sagrados sunníes (la Meca y Medina), la ideología oficial del Estado saudí (el wahhabismo), así como su activo desarrollo de una estrategia educativa panislámica sunní (simbolizada en el ejemplo de las madrazas) y su apoyo a movimientos islámicos de lucha, caracterizan una política sostenida a lo largo de décadas. El caso de la guerra de Afganistán de los años ochenta —cuando Arabia Saudí apoyó activamente a los muyahidines que luchaban contra las tropas soviéticas— constituye uno de los ejemplos más ilustrativos de esta política.⁵ Pero esto no significa necesariamente que los saudíes se embarquen en una estrategia ciega de apoyo a todos los grupos religiosos sunníes por amor a sus creencias, pues se cuida muy bien de pagar un precio demasiado alto por influir en la trayectoria de la región, asegurándose que toda tendencia radical permanezca siempre bajo control. Arabia Saudí ha sido, de hecho, el gigante diplomático del mundo árabe, por lo menos durante las últimas cuatro décadas, al ocupar —con discreción y éxito— el vacío dejado por Egipto tras la muerte de su presidente Naser en 1970.⁶ A los saudíes les preocupa que cualquier cambio en el equilibrio regional pueda alterar su posición dominante, razón por la cual pretenden tutelar todas las transformaciones en curso. Cuando en 1979 se produjo la Revolución Islámica en Irán, temieron que Teherán fuera capaz de exportar su revolución a todo el mundo árabe. Esto explica sus primeras maniobras antiiraníes y antichiíes.⁷ Mientras que anteriormente siempre habían sabido sacar partido a su alianza con Estados Unidos para contener las ambiciones militaristas del sah de Persia (entre ellas, su acceso a armamento nuclear), la revolución de 1979 les hizo obsesionarse con la idea de que Irán fuera capaz de aprovecharse del dogma chií para influir en las comunidades de la misma tendencia de todo el mundo árabe. 25 años después, en 2003, tras la caída de los talibán en Afganistán, el final del régimen de Saddam Husein en Iraq les hizo cobrar consciencia de lo dañina que podía resultar la situación para sus intereses si los chiíes se hacían con el poder en este país tan cercano. Aunque también se daban cuenta, evidentemente, de que Iraq había quedado neutralizado como potencia regional desde el final de la guerra del Golfo de 1991, la capacidad de Irán para desarrollar una creciente influencia política en este país les hizo sentir que la amenaza estaba llamando directamente a su puerta. Esto vino a añadirse a sus temores de acabar envueltos por una «medialuna creciente chií».⁸

5 Véase Barnett R. Rubin (2013). *Afghanistan from the Cold War through the War on Terror*. Oxford: Oxford University Press.

6 Sobre la historia de Arabia Saudí, véase Madawi al-Rasheed (2010). *A History of Saudi Arabia*. Cambridge: Cambridge University Press.

7 Véase James G. Blight et al. (2012). *Becoming Enemies: U. S. -Iran Relations and the Iran-Iraq War, 1979-1988*. Lanham (Maryland): Rowman & Littlefield Publishers.

8 Esta expresión de «medialuna creciente chií» fue popularizada por primera vez por el rey Abdallah de Jordania, en 2004, y fue después retomada por los regímenes de Egipto y de Arabia Saudí.

Por su parte, Irán, de hecho, lleva tiempo intentando lograr una creciente influencia en todo el mundo árabe. Pero la guerra contra Iraq (1980-1988), que siguió a la Revolución Islámica, supuso más bien un obstáculo en su camino, pues este importante conflicto regional —alentado por los Estados del Golfo— debilitó en realidad a Irán, obligándole a concentrar sus fuerzas en el mismo. Pero a pesar de todo, Irán también ha sido capaz de beneficiarse de la evolución de la región. Por un lado, desde 1980 el régimen de Hafez al-Asad en Siria decidió entablar una alianza estratégica con Irán, mientras Teherán promovía, en 1982, la creación en el Líbano de un grupo militante islámico chií hoy en día conocido como Hizbullah.⁹ Durante dos décadas, la estrategia iraní en el mundo árabe se ha basado en estos dos pilares, si bien las arriba mencionadas invasiones estadounidenses de Afganistán e Iraq han permitido en realidad a Irán ampliar su influencia regional. Las alianzas políticas iraníes en Iraq son más que evidentes, empezando por sus buenas relaciones con Nuri al-Maliki, el primer ministro chií del país.¹⁰ Pero también desde un punto de vista comercial, Irán desempeña igualmente un papel importante en la balanza económica tanto de Siria como de Iraq, a lo que cabe añadir las contribuciones de Teherán a las capacidades militares del régimen sirio y de Hizbullah. Por otro lado, durante la última década se ha hablado mucho sobre la influencia de Irán en el grupo rebelde chií de los Huthis, en el noroeste de Yemen, y en los opositores chiíes al régimen de Bahreín. De forma parecida, toda una serie de países, desde Marruecos hasta Egipto, también suelen referirse a la amenazadora estrategia iraní de fomentar la conversión de sunníes al chiismo, con el supuesto objetivo de lograr una mayor influencia regional. Pero hasta ahora, y paradójicamente, la mayoría de estas acusaciones parecen tan obvias como difíciles de probar. Las denuncias de Marruecos, Egipto e incluso de Jordania, sobre los «diabólicos» planes de Irán en la región parecen estar relacionadas, en primer lugar y sobre todo, con sus temores ante el desarrollo de tendencias populares «subversivas» que pudieran ser influenciadas por las visiones y políticas iraníes antioccidentales. Este es un punto en común de los citados países, y algunos más de la región, con Arabia Saudí, que resulta ser además un importante mecenas de numerosos Estados árabes.

Aunque los principales objetivos de Arabia Saudí y de Irán no deberían ser valorados únicamente en base a sus respectivas reclamaciones de legitimidad religiosa, como tanto su retórica como los símbolos a los que acuden constantemente presentan un aspecto religioso, es frecuente pensar que ambas potencias se sienten guiadas por un deber mesiánico que no dejaría espacio a otras religiones, sectas, corrientes y credos. Pero en realidad, sus planteamientos no son tan estrechos. La historia del mundo nos ha demostrado sobradamente que aquellos países que han intentado basar su legitimidad en rígidas ideologías o creencias han acabado, tarde o temprano, condenados a perder poder. La caída del Muro de Berlín en 1989 y su impacto en la URSS supone un ejemplo perfecto de ello.

9 Judith Palmer Harik (2004). *Hizbollah: The Changing Face of Terrorism*. Londres: I. B. Tauris.

10 Toby Dodge (2013). *Iraq: From War to a New Authoritarianism*. Londres: Routledge.

Arabia Saudí e Irán son conscientes de que su poder debe hallar varios canales de expresión. Es por esto que, más allá de sus declaraciones oficiales, las cuestiones que consideran realmente importantes resultan de hecho muy terrenales. Así, el abanico de aliados que buscan los saudíes y los iraníes va más allá de sus creencias religiosas. Evidentemente, cuando los credos compartidos facilitan la creación de alianzas y de fuertes vínculos políticos, ninguna de ambas potencias los desdeñan, pero en cualquier caso, sus principales objetivos siguen siendo, ante todo y sobre todo, políticos. Las transformaciones en el mundo árabe están haciéndose cada vez más complejas, especialmente tras la Primavera Árabe, por lo que cada país debe tener en cuenta tanto el nivel estatal como el infraestatal, a la hora de definir y mantener sus estrategias de influencia. Pues si Arabia Saudí e Irán hubieran limitado sus políticas a consideraciones únicamente sectarias, habrían acabado aislados y debilitados. El grado de animosidad entre ambas potencias requiere la puesta en marcha de políticas y actuaciones que resulten atractivas a la mayor cantidad posible de actores, a veces independientemente de sus adhesiones religiosas. Una buena comprensión de las realidades de la geopolítica regional de conflicto entre los «saudíes sunníes» y los «iraníes chiíes» requiere cobrar consciencia de que, si es necesario, los saudíes pueden decidir adoptar una actitud prochií, de la misma manera que los iraníes, cuando resulta conveniente, pueden presentar una actitud prosunní. Pues la longevidad y la resiliencia de los Estados dependen del pragmatismo, más que de las convicciones.

Representaciones actuales del conflicto sunnismo-chiismo

Las corrientes sunníes y chiíes no son producto únicamente de la historia de Oriente Medio, pues ambas comunidades se extienden desde Marruecos hasta Indonesia. Es más, tanto los sunníes como los chiíes son en realidad una minoría en el amplísimo mundo musulmán. Por otro lado, en términos cuantitativos, los mayores retos que han de afrontar estas dos corrientes en sus relaciones mutuas nos conducen en realidad a Asia: Pakistán constituye un buen ejemplo del grado de violencia e incomprensión entre ambas.

A pesar de lo cual, las tensiones políticas y de rivalidades estratégicas predominantes en la región de Oriente Medio y el norte de África constituyen la principal razón para prestar tanta atención a la evolución del mundo árabe. Y por extensión, las demás regiones del mundo con otras tradiciones religiosas no pueden pretender permanecer indiferentes a las tensiones internas de esta zona. En la Unión Europea (UE), por ejemplo, el contexto pos-IIS ha revelado el importante número de comunidades sunníes que están viviendo en territorio europeo. Parece como si todo el mundo hubiera descubierto, de repente, que el radicalismo islámico también estaba presente en numerosos países de la UE. Este hecho también ha propiciado varias hipótesis sobre el grado de apoyo de Arabia Saudí a estas comunidades, así como sobre los potenciales vínculos de sunníes árabes y no árabes con la organización al-Qaeda. Los medios de comunicación y varios gobiernos han contribuido a crear una relación directa en la cabeza de la gente entre el hecho de ser musulmán sunní y una inclinación natural a apoyar

el extremismo religioso. Las sospechas sobre las responsabilidades que rodean a los ataques del IIS también han afectado negativamente a Arabia Saudí, por su supuesto apoyo a varios grupos de musulmanes radicales sunníes, pero en realidad, muchas de estas sospechas —aunque no necesariamente todas— son abusivas.

Un fenómeno muy parecido se ha dado en el caso de los chiíes. Estos en general —y los chiíes árabes en particular— no son mayoría en las comunidades musulmanas en Estados Unidos ni en la UE, pero sí cuentan con una presencia importante entre los musulmanes árabes establecidos en algunos países de Latinoamérica y de África, por razones relacionadas con la historia de las migraciones árabes hacia estas áreas. Por ello, se sospechó enseguida que Irán y sus aliados libaneses —Hizbullah— estaban intentando establecer contactos con sus correligionarios por todo el mundo para animarlos a organizar ataques violentos en los países donde residieran. Podemos hallar ejemplos en este sentido en los casos de Argentina¹¹ o incluso de Bulgaria.¹² No obstante, algunos Estados árabes también se han sumado a este coro de acusaciones contra Irán e Hizbullah. Mientras Marruecos expulsaba de su territorio, en 2009, al embajador iraní, Hosni Mubarak a menudo hacía referencia a los casos de conversión al chiismo en Egipto como un ejemplo de los deseos de Irán de atacar los intereses nacionales. Cabe decir que, aunque hallamos también acusaciones similares en Senegal y en Argelia, no dejan de parecer exageradas. Los temores de numerosos gobiernos de la región hacia Irán y sus aliados constituyen la principal razón de su obsesión en torno a las amenazas del chiismo. Irán nunca ha negado la existencia de dichas conversiones, lo que no significa que su gobierno esté implicado en ninguna estrategia de convertir a musulmanes —sunníes o no— al chiismo. No cabe duda de que dichas conversiones efectivamente existen, pero de ahí a que se trate de un fenómeno planificado a gran escala, eso es algo que aún está por demostrar. Es más, la conversión de alguien al chiismo no conlleva necesariamente una adhesión automática a Irán ni a sus políticas.

De hecho, desde un punto de vista teológico, los chiíes eligen a los guías o líderes religiosos que desean seguir; y dichos líderes, llamados *marja'*, a menudo anteponen sus creencias religiosas a sus sentimientos patrióticos.¹³ Aunque no existen estadísticas disponibles al respecto, se piensa que la mayor parte de los chiíes siguen las enseñanzas y orientaciones del *ayatóla* Sistani, radicado en Iraq, cuya postura oficial consiste en no interferir en asuntos políticos —aunque dicha postura ha de relativizarse, pues se sabe que el *ayatóla* más popular ofrece a veces discretos consejos relativos a la vida política iraquí, si bien nunca lo hace públicamente—. Con todo, la creencia de que la mayor parte de los chiíes de la región árabe estaría dispuesta, debido a su intrínseco fanatismo, a seguir a ciegas la

11 El gobierno argentino acusó a Irán y a Hizbullah de hallarse detrás de los atentados de Buenos Aires de 1994.

12 El atentado, en 2012, contra un autobús de turistas israelíes en Burgas también suscitó acusaciones contra Hizbullah.

13 Sobre la historia y situación actual de los *marja'iyá*, véase nuestro estudio: Barah Mikail (2006). *La Question de la 'Marja'iyá' chiite*, <http://www.iris-france.org/docs/consulting/2006_chiite.pdf> [Consultado el 15 de diciembre de 2013].

política regional iraní, no se sostiene. Aunque cierta cantidad de chiíes se adhiera a las políticas iraníes, esto no significa que su actitud sea únicamente explicable debido a su obediencia ciega a las orientaciones de su *marja'*. E incluso si esto fuera así, Sistani no ha dado pruebas, en sus convicciones y opciones más personales, de ninguna inclinación a favor de Irán, ni a favor de su dogma religioso oficial ni de sus políticas. Muy al contrario, el líder religioso iraní *ayatolá* Jamenei se ha posicionado contra la escuela de pensamiento de Sistani. Los árabes chiíes tienden a centrarse en sus problemáticas internas (locales o nacionales), sin fijarse forzosamente en la vida política iraní. Los chiíes en general suelen coincidir con Irán con respecto a algunas cuestiones importantes, como su oposición a las políticas estadounidenses y de sus aliados regionales; es más, resulta innegable que no suelen llevarse bien con los sunníes, especialmente en lo relativo a sus respectivas ideologías políticas. Pero nada de todo esto significa que los chiíes formen inevitablemente un frente común a escala global; la situación en Iraq, donde los chiíes se hallan totalmente enfrentados entre ellos mismos a lo largo de un amplio abanico de cuestiones políticas y estratégicas, habla por sí sola.

Por otro lado, la autoridad del clero iraní sobre los chiíes se halla cuestionada: prueba de ello han sido las manifestaciones que siguieron a la reelección de Ahmadinejad en 2009, así como la creciente sensación de desconexión, por parte de la juventud, de las normas religiosas nacionales.¹⁴ La cohesión entre los chiíes del mundo árabe no es pues tan sólida como se suele decir y pensar, lo que de hecho está limitando las posibilidades de un país como Irán de emerger como líder regional.

Los países árabes con poblaciones mayoritariamente chiíes (Bahréin, Iraq) constituyen una buena prueba de la amplia diversidad del chiismo. Estos dos países tienen algo en común: «sus chiíes» no son capaces de separar su religión y sus creencias de sus consideraciones políticas. En Bahréin, por ejemplo, los chiíes (más del 60% de la población) están homogéneamente unidos con un objetivo político común: que la dinastía gobernante (sunni) cambie su actitud hacia ellos, reconociendo sus derechos básicos y acabando con la discriminación social que sufren. Pero su visión difiere de la de los chiíes iraquíes, que se hallan divididos entre diferentes tendencias, según qué líder político (o, más a menudo, político «y» religioso) siga cada una.¹⁵ Sin embargo, los sunníes de ambos países se muestran más cohesionados. Los sunníes bahreiníes defienden mayoritariamente a la dinastía reinante; muy pocos entre ellos parecen dispuestos a considerar la opción de que haya chiíes ocupando puestos políticos claves. En Iraq se da un similar sentimiento de solidaridad entre los sunníes, aunque también existan matices. Es decir, los temores de la minoría sunni de acabar bajo un régimen proiraní (y, desde su punto de vista, prochií) ha ido desarrollando, a lo largo

14 Si bien Ahmadinejad no es un seguidor de Jamenei en temas religiosos, fue su *protégé* durante años, hasta que ambos líderes expresaron fuertes diferencias, al final del segundo mandato presidencial de Ahmadinejad.

15 Sobre la diversidad de los chiíes en Iraq, véase Faleh A. Jabar (2003). *The Shi'ite Movement in Iraq*. Londres: Saqi Books. Sobre Bahréin, véase Laurence Louër (2008). *Transnational Shia Politics: Religious and Political Networks in the Gulf*. Nueva York; París: Columbia University Press.

de los últimos años, una suerte de *union sacrée* entre ellos. En cuanto al contexto posterior a 2003, este ha profundizado la separación entre estas dos comunidades, aunque las semillas de dicha situación ya habían sido plantadas con anterioridad. El debilitamiento del sentimiento nacional ha tenido mucho que ver con esto.

Hasta cierto punto, se pueden realizar observaciones parecidas en el caso de países donde los chiíes son minoría: en Arabia Saudí, Yemen, Siria y el Líbano, el sectarismo también forma parte de la política, aunque se suele reflejar en el ámbito interno las políticas estatales regionales, al contrario que en Bahreín e Iraq, donde la mayor parte de las problemáticas presentan un carácter local. El 15% de los ciudadanos saudíes son chiíes que, al igual que sus correligionarios bahreiníes, también reclaman el reconocimiento de sus derechos civiles; pero la mayoría de los saudíes sunníes considera que sus denuncias de abusos son exageradas y/o injustificadas y la familia real reinante cree que la minoría chií nacional es un ejemplo de comunidad influenciada por Irán. Lo mismo ocurre en Yemen, donde los rebeldes zaidíes también se quejan de su pobre acceso a los derechos civiles; pero el gobierno yemení, apoyado por Arabia Saudí, suele considerar sus reclamaciones como parte de una conjura iraní contra el país. A la par, las actuaciones armadas de los zaidíes afectan negativamente a su pretensión de presentarse como un movimiento transparente e independiente. En Siria, el actual presidente, que sucedió a su padre en 2000, forma parte de la minoría alauí,¹⁶ por lo que es acusado de favorecer los intereses de esta corriente, a expensas de las demás. En cuanto a el Líbano, las 18 comunidades que coexisten en el mismo han quedado eclipsadas por la lucha política de los representantes políticos de sus cuatro principales movimientos religiosos: los sunníes, los chiíes, los cristianos maronitas y los drusos; si bien de nuevo la lucha más encarnizada es la entablada entre sunníes y chiíes. Mientras el Hizbullah libanés pretende justificar su uso de las armas por la defensa de los intereses nacionales, el Partido del Futuro sunní y sus aliados aseguran que sus milicias están a las órdenes de Irán e impulsan políticas sectarias. En última instancia, todas estas situaciones conducen hacia una regionalización de problemáticas en su origen internas. Así, mientras Arabia Saudí ha decidido implicar a Yemen en su lucha contra la influencia iraní en la región, el régimen sirio está gestionando en paralelo su lucha interna y una estrategia regional, hombro con hombro con Irán e Hizbullah. En lo que respecta al conflicto en el Líbano, este también extiende sus lazos a su entorno regional, pues si Hizbullah recibe el apoyo de Irán, sus rivales están siendo generosamente patrocinados por Arabia Saudí.

Pero incluso en países donde los chiíes no constituyen una comunidad relevante, la cuestión sunní-chií está adquiriendo una importancia creciente. Es el caso, especialmente, en Marruecos, Egipto y Jordania. En 2004, Jordania fue el primer país en denunciar la emergencia de una «medialuna creciente chií» en la región, en parte debido a la influencia en la misma de las políticas

16 Aunque los alauíes derivan de una de las ramificaciones del chiismo, no pertenecen a la comunidad «chií ortodoxa».

estadounidenses. Esta expresión de temor creciente halló su eco en otros países, como Egipto y Arabia Saudí. Diez años después, estos tres países siguen manteniendo esta misma preocupación. En cuanto a Marruecos, su gobierno ha decidido seguir esta misma línea: Rabat lanza periódicamente advertencias alarmistas sobre conversiones masivas al chiismo dentro de su territorio y en 2009 decidió expulsar del país al embajador iraní. En un país donde la gran mayoría de la población es sunní, su gobierno tal vez sea sincero en sus expresiones de preocupación por la cuestión religiosa, pero no hay tampoco que olvidar que el régimen depende estrechamente de financiación procedente de países del Golfo, por lo que todas estas acusaciones contra Irán y su supuestas injerencias ayudan a encontrarse muchas puertas abiertas entre inversores del Golfo.

La Primavera Árabe, por su lado, ha azuzado todas estas suspicacias; de forma parecida a lo ocurrido tras la Revolución Islámica iraní de 1979, parece como si los Estados sunníes de la región temieran de repente la capacidad de Irán para aprovecharse de las insurrecciones y para animar a los árabes chiíes a tomar las calles. Pero, aunque la acusación de que tras la Primavera Árabe se hallaría un complot regional iraní no puede ser tomada en serio, las cuestiones de seguridad regional se han convertido en la excusa fácil para alzar el dedo acusador contra el supuesto rol negativo desempeñado por esta potencia. Ante la posibilidad de una mayor desestabilización regional, se tiende a caer en la reacción cómoda de acusar a Irán y a sus ansias de influencia. Dicho esto, no ha habido nuevos países que se hayan unido al grupo inicial antiiraní. Al contrario, Arabia Saudí se ha quedado un tanto solo como el principal y más feroz acusador de aquellos actores regionales «dirigidos por el extranjero» que considera responsables de la violencia. Egipto y Jordania, por su parte, han rebajado notablemente el tono de su discurso. Tan solo Bahreín, los partidos libaneses antichiíes y Yemen han convertido sus temores al «ogro iranochií» en parte de su agenda oficial. En cuanto a los propios iraníes, son más bien tendentes a rechazar las acusaciones o incluso a intentar tranquilizar a los países árabes sobre sus intenciones regionales. Lo que no significa que Irán no albergue preocupaciones similares, en lo referente a un supuesto complot «arabosunní» dirigido a perjudicar sus intereses. En palabras de un clérigo reformista iraní, desde el punto de vista de Irán «no existe ninguna medialuna creciente chií, sino más bien sunní».¹⁷

La debilidad del gobierno central y de las instituciones: ¿Siria como indicador?

Las cuestiones sectarias son instrumentalizadas con fines políticos. Al mismo tiempo, y desde una perspectiva más amplia, bajo numerosos temores regionales subyace la crisis del Estado-nación. No resulta fácil determinar si las fronteras tradicionales de la región van a verse o no modificadas en un futuro cercano, pero en cualquier caso, la partición de Sudán, la federalización de Iraq —que no por no reconocida es menos real—, la frágil situación de Libia, las rivalidades sectarias en el Líbano y el incierto futuro de Siria suponen

17 Entrevista en Qom, Irán, en junio de 2006.

claras señales de alarma. A excepción de Libia, sumida en una lucha tribal y política por el poder, estos países están sujetos a poderosas rivalidades sectarias. Estos conflictos y/o luchas a menudo coinciden con determinadas áreas de los territorios nacionales. En Siria, los feudos de los alauíes, de los cristianos y de los kurdos son bien conocidos y si el país acabara dividiéndose, muy seguramente lo haría a lo largo de estas líneas sectarias. En el Líbano, la situación es aún más heterogénea y las tensiones entre comunidades suelen traducirse en conflictos entre regiones y distritos. En Iraq ocurre lo mismo entre kurdos, árabes sunníes y árabes chiíes, que viven en tres áreas geográficas distintas y bien definidas. Las tensiones políticas imperantes en todos estos países están sacando a la luz una debilidad estructural de las instituciones centrales. Y si cualquiera de ellos se partiera, habría muchas posibilidades de que causara divisiones similares en sus vecinos regionales. Esto parece especialmente cierto en el caso de Siria, donde cualquier partición oficial del país tiene todas las de provocar consecuencias parecidas entre sus vecinos directos. Y esta posibilidad resulta de lo más inquietante para los Estados del Golfo en general, y para Arabia Saudí en particular. Los países de la Península Arábiga consideran de hecho que sus estructuras políticas son sólidas, en comparación con la mayoría de los demás países árabes, y no desean que esta «estabilidad» se vea amenazada por ninguna Primavera Árabe ni por ningún «complot extranjero». Un mayor estímulo del sectarismo podría de hecho afectar a sus territorios, donde los panoramas sociales no son demasiado homogéneos. El «factor chií» sigue constituyendo pues para ellos una preocupación considerable, no forzosamente debido a los desencuentros teológicos tradicionales, sino más bien porque amenaza con incrementar el riesgo de una «sudanicización» de la región, con comunidades deseando declarar su especificidad sociopolítica.

Mitos y límites de las soluciones a esta geopolítica del conflicto

Hablar de la existencia de soluciones rápidas y eficientes a la geopolítica del conflicto entre sunníes y chiíes sería tan poco realista como difícil de definir. Las raíces de los problemas entre ambas comunidades van más allá de una cuestión de percepciones, pues se entremezclan demasiados elementos, lo que explica su complejidad. A pesar de lo cual, sigue siendo posible intentar determinar qué medidas han demostrado ya estar limitadas, así como intentar prever qué posibles cambios institucionales podrían, ya sea difuminar las tensiones regionales, o bien aportar respuestas más pragmáticas a largo plazo a los retos regionales.

¿Podría un «Vaticano II» resolver las cosas?

Existe un consenso generalizado de que el Concilio Vaticano II (1962-1965) cambió la historia de la Iglesia católica. Es evidente que las reformas en ese momento adoptadas contribuyeron a renovar la cara del catolicismo. Sin alterar sus principios, estos adquirieron un aspecto más adaptado al mundo y sus realidades. Pero ¿sería realista plantearse algo parecido en el caso del islam en general y del sunnismo y/o chiismo en particular?

Tanto sunníes como chiíes comparten una misma fe original: consideran a Muhammad el profeta del islam y leen y tienen en común un mismo libro sagrado, el Corán. Pero estos elementos no resultan suficientes para permitir una reforma común bajo la bandera de su mutua adhesión al islam. Indudablemente, muchas de las normas de referencia de los musulmanes (como, entre otras, las restricciones alimentarias, las normas de vestimenta o la compatibilidad de algunas prácticas con las necesidades de la sociedad contemporánea) merecerían un debate en profundidad antes de considerar su reforma. Dicho lo cual, las relaciones entre sunníes y chiíes no entrarían en semejante debate. El planteamiento de un «Concilio la Meca II» tendría que partir de un consenso religioso entre ambas comunidades, del que obviamente aún nos hallamos muy lejos. Pero las posiciones de sunníes y chiíes tampoco son irreconciliables. De hecho, toda pretensión de simplificar y generalizar la visión de cada una de estas corrientes está condenada al error. Ambas comunidades cuentan con sus propios radicales y reformistas. Estos últimos y los fieles más realistas pueden ayudar a tender un puente entre sunníes y chiíes. Sin embargo, los factores políticos y geopolíticos parecen constituir el principal obstáculo a su contribución a una solución.

La región sigue en manos de sus Estados más influyentes, que determinan los términos de la discusión y cómo deben ser interpretados, a través de los grandes medios de comunicación y de las ideas predominantes por estos defendidas. Y este es un terreno en el que los Estados se sienten cómodos. Hablando en términos generales, los sunníes y los chiíes poseen sus propias ideas preconcebidas, de modo que tienden a seguir y/o a creer a aquellos medios que consideran que están defendiendo sus intereses. En lo referente a los canales de noticias por satélite, que se cuentan entre los medios más influyentes, salta a la vista que la creación de numerosos canales nuevos a lo largo de la última década no ha impedido realmente la difusión global de los prejuicios dominantes, y esta situación está teniendo unas consecuencias importantes. La mayoría de las ideas desarrolladas en los medios suelen adherirse a una u otra interpretación particular de los acontecimientos. En lo referente al mundo árabe, los canales y noticieros más populares suelen estar fuertemente influidos por la visión saudí o qatari de la realidad. Ambos países han desarrollado una estrategia influyente basada en la creación de sus propios recursos y en la financiación de medios populares para defender su visión de los acontecimientos. *Al-Yaxira* está financiada por Qatar, mientras que *Al-Arabiya* está cofinanciada por inversores procedentes de Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y el Líbano. *Al-Quda al-Arabi*, uno de los periódicos más populares de Oriente Medio, está financiado por Qatar, mientras que *Al-Hayat* y *Al-Sharq al-Awsat*, dos de sus principales competidores, están patrocinados por Arabia Saudí. El impacto negativo sobre la independencia de todos estos medios es más que evidente: no es raro leer o escuchar numerosas noticias sesgadas desde una interpretación sectaria de los acontecimientos.

Para que los reformistas pudieran impulsar el avance hacia un camino positivo, es necesario superar este clima sectario regional y potenciar una dinámica que implicara a todas las comunidades, sus líderes y sus representantes.

Sin embargo, aunque ni los sunníes ni los chiíes cuentan con autoridades religiosas supremas, la mayoría de los representantes oficiales del islam se halla demasiado comprometida por sus estrechas relaciones con los diferentes actores gubernamentales. Es más, no parece ni siquiera existir un espíritu de reformismo, ni en el ámbito de las autoridades religiosas ni en lugares como al-Azhar, la Meca, Qom o incluso Najaf. Esto no hace sino añadir obstáculos a cualquier progreso, por mucho que las autoridades expresen periódicamente su interés por superar las barreras sectarias.

El inacabado diálogo entre civilizaciones

Se han planteado numerosos proyectos de diálogo, especialmente desde los ataques del 11S. Algunas de estas iniciativas se han referido, en sus formulaciones, a cuestiones religiosas, mientras que otras han preferido acudir a otros apelativos como el «diálogo entre civilizaciones». Sin embargo, el éxito de todas estas iniciativas ha sido hasta ahora muy limitado. Cierto es que la organización de debates y coloquios entre representantes y miembros de diversas comunidades ha generado bastante interés. Ya sea en el caso de la Organización de las Naciones Unidas o de países como Arabia Saudí —que ha inaugurado un Centro Internacional para el Diálogo Interreligioso y Cultural en Viena—, numerosas instancias y actores están intentando demostrar su implicación en fomentar un mayor acercamiento entre comunidades. Pero, por lo que se ve, los resultados positivos y reales aún están por llegar.

Los diálogos interreligiosos tal vez estén basados en las mejores intenciones, pero siguen resultando insuficientes para aportar soluciones al conflicto general actualmente imperante entre algunas comunidades religiosas, y son de nuevo los sunníes y los chiíes las más importantes entre estas. Numerosos atentados ocurridos en el mundo musulmán siguen teniendo objetivos sunníes o chiíes, como se puede destacar en los casos de Pakistán e Iraq. Más aún, la Primavera Árabe junto a la situación en Siria han resucitado un discurso centrado en la amenaza que representan las «fuerzas sunníes», o bien las «fuerzas chiíes». De nuevo, las realidades políticas y geopolíticas parecen más poderosas que todas las buenas intenciones y deseos de fomentar el diálogo. Es más, cuando dichos espacios de encuentro son promovidos por Estados que toman parte activa en los conflictos, suelen suscitar automáticamente innumerables suspicacias. Los proyectos financiados por Estados suelen ser vistos como operaciones de relaciones públicas cuyo principal objetivo consistiría en limpiar la imagen de los mismos. Y lo peor es que, obviamente, esto resulta ser cierto en la mayoría de los casos.

Aunque existen figuras de ejemplar moderación en el mundo musulmán, sus audiencias parecen demasiado limitadas. La agitación política y los temores a tratar con personas y comunidades motivadas por intereses sectarios provocan reacciones de aún mayor recelo. La realidad en el mundo musulmán es un auge actual de un espíritu generalizado de radicalismo religioso. Las comunidades cada vez temen más resultar «secuestradas» por sus «rivales religiosos». Y el debilitamiento de las estructuras gubernamentales y

políticas no ayuda a aportarles mejores perspectivas para el futuro. Pues si las adhesiones nacionales suelen funcionar como barreras eficientes de contención de los sectarismos, la ausencia de sólidas estructuras nacionales puede generar fácilmente la sensación de que las comunidades van a ser dejadas a su suerte. Es por esto que todos estos diálogos entre comunidades suelen parecer tan inútiles que difícilmente van a poder aportar respuestas a los retos en curso. Los Estados, por su parte, tampoco pueden pretender una neutralidad creíble, mientras sigan implicados en las estrategias geopolíticas, como es el caso también de movimientos radicales, que ni siquiera suelen pensar en abrir diálogos, como es el caso de al-Qaeda o del Hizbullah libanés. Toda esta arrolladora herencia de incomprensión y desconfianza mutua difícilmente puede ser invertida, especialmente en el contexto actual. En cuanto a los principales representantes tanto de los Estados como de las comunidades religiosas, estos no aportan muchas razones para confiar en su compromiso de superar los desacuerdos. Además, sus posturas no siempre parecen implicar a todos los miembros de sus respectivas comunidades.

Pero gracias a los medios de comunicación y a una mayor apertura al mundo, la juventud del mundo musulmán está demostrando ser más sensible a los hechos y a la realidad que sus propios padres y abuelos, lo que está abriendo un espacio de esperanza de cara al futuro, si bien aún no parecen haber llegado los tiempos en que una juventud más pragmática y moderada pueda determinar el curso de las transformaciones globales.

¿Podría ser el cambio del centralismo al federalismo una posible solución?

En un nivel más amplio, es necesario pensar en soluciones pragmáticas que ayuden a difuminar las tensiones actuales. Las actuales transformaciones en algunas partes del mundo musulmán suscitan algunas preguntas cruciales: ¿y si el futuro de algunos países ha de ser pensado atendiendo a alternativas concretas a la forma Estado-nación? ¿Y si, en estos casos, el federalismo supusiera perspectivas más positivas?

La conflictividad predominante entre las comunidades sunníes y chiíes en Iraq, Siria y el Líbano no hace sino echar más leña al fuego a situaciones similares, si bien no sectarias, en Egipto y Libia. En paralelo, Bahréin, Arabia Saudí y Yemen también están afrontando diferentes grados de agitación social. Evitando generalizaciones abusivas, tal vez haya llegado el momento de considerar hasta qué punto el replanteamiento de la eficacia de los Estados centralizados puede pasar a formar parte de las soluciones de futuro para algunos países. El federalismo sigue siendo un tabú en el mundo árabe, donde la mayoría de la gente piensa que su institucionalización conduciría a una división sectaria similar a la situación recientemente experimentada en la partición de Sudán. Pero los hechos también hablan por sí mismos: Iraq ya ha sido dividido de hecho en tres comunidades, cada una de las cuales habita una parte específica de su territorio; el Estado central es muy débil y cada vez menos capaz de garantizar los intereses y de preservar la seguridad de sus ciudadanos.

En el Líbano, los conflictos sectarios no son nada nuevo, pero la concentración geográfica de ciertas comunidades en partes específicas del país ha incrementado las tensiones entre los principales líderes políticos y religiosos (es decir, sunníes, chiíes, maronitas y drusos), lo que está poniendo en peligro el futuro del país. En Siria, es demasiado pronto para saber si se va a poder evitar la partición del país, pero resulta obvio que el sectarismo forma ya parte de la lógica de la guerra. En cuanto a Libia, aunque se trata de un país más homogéneo desde un punto de vista social, numerosos líderes y ciudadanos de sus tres principales regiones (Tripolitania, Fezzan y Cirenaica) están afirmando sus peculiarismos y reclamando cada vez mayor «autonomía política» al Estado central. Pero resultaría arriesgado extender esta misma lectura a otros países como Bahreín, Arabia Saudí, Egipto o incluso Yemen, pues de nuevo, cada país tiene sus propias características y lo que puede resultar cierto en un contexto específico no tiene por qué serlo en otro.

Dicho lo cual, se olvida con demasiada facilidad que las fronteras nacionales actuales son el resultado de determinados sucesos históricos y que los países de los que estamos hablando hoy en día bien podrían haber adoptado otras formas, e incluso otros nombres, de haberse dado otras circunstancias. Por otro lado, las adhesiones patrióticas aún persisten y el sentimiento de pertenencia nacional sigue desempeñando un papel de gran importancia en la identidad de muchas personas. No obstante, la historia también experimenta a veces aceleraciones brutales que pueden conducir a consecuencias inesperadas. Los acuerdos Sykes-Picot, que no cumplen aún un siglo, generaron una situación de gran fragilidad y no redujeron el sentimiento de pertenencia religiosa. Con un mundo árabe en profunda crisis, resulta fácil de comprender que gente que no confía en sus gobiernos busque una compensación aferrándose a la religión y a las creencias espirituales. Aunque no haya que cejar en el empeño de promover el diálogo entre comunidades y de desarrollar toda opción de acercamiento entre las mismas, algunas realidades aconsejan vivamente prepararse ante la posibilidad de que los gobiernos centrales pierdan su integridad y legitimidad. Si no nos anticipamos convenientemente a esto, la fragilidad del mundo árabe junto a las importantes tensiones cada vez más pujantes en las relaciones entre comunidades religiosas pueden acabar desembocando en una situación mucho peor de todo lo que hemos podido ver hasta ahora.

Conclusión

En definitiva, las perspectivas de las relaciones futuras entre sunníes y chiíes resultan más bien preocupantes. Hasta hace no mucho, ambas comunidades parecían haber sido capaces de contener sus tensiones, pero las cosas parecen haber cambiado tras la invasión de Iraq de 2003. La emergencia de un gobierno «prochií» en Bagdad, afín a Irán, ha suscitado los temores de numerosos actores regionales. Los Estados del Golfo se han implicado activamente en una estrategia de denuncia del surgimiento de una «medialuna creciente chií». Y todos estos temores no han tardado en traducirse en choques y ataques entre ambas comunidades, de

modo que Iraq se ha convertido en el más vivo vivo ejemplo de esta conflictividad. Tras la Primavera Árabe, por otro lado, el grado de enfrentamiento sectario se ha incrementado aún más, alineándose todos los factores en el sentido de una creciente rivalidad entre el liderazgo regional sunní y una renovada pujanza chií. A grandes rasgos, las comunidades tienden a asumir este «discurso del miedo», potenciado por algunos gobiernos. Pero esto no significa que pasen forzosamente de la teoría a la práctica. Aunque los extremistas abundan en todas las partes, tampoco es que nos hallemos en vísperas de una nueva guerra de religiones, sangrientamente protagonizada por sunníes y chiíes. La mayor cuestión en liza enfrenta a gobiernos antiiraníes y proiraníes y, aunque este conflicto político se refleja en las relaciones entre ambas comunidades, esto tampoco significa que el sectarismo se haya convertido en la clave para analizar la situación en el mundo árabe, ni siquiera en el mundo musulmán. Algunos discursos y declaraciones oficiales pueden producir esta impresión, pero la realidad es que no nos hallamos en ninguna era de luchas religiosas generalizadas... todavía.

La geopolítica del conflicto entre sunníes y chiíes sigue siendo geopolítica, por lo que aún se limita a la esfera política. Pero solo una mayor calma política podría asegurar un entorno más pacífico. Para garantizar horizontes más positivos, sería pues interesante no olvidarse de la importancia de la educación, como vía para limitar la amenaza de propagación en toda la región del incendio del sectarismo. Sin duda aún tiene que pasar mucho tiempo hasta que los Estados y regímenes decidan aplacar sus miedos y rivalidades. Mientras tanto, las comunidades y la gente constituyen la clave para garantizar una mejor perspectiva de futuro y para superar el fatal escenario de un «choque de comunidades». La Primavera Árabe ha introducido un nuevo actor, bajo la forma de un «poder ciudadano» activo e influyente. Pero, aunque el potencial de este fenómeno basado en la ciudadanía y en el ciberactivismo no es ningún mito, aún tiene que ser confirmado. Así que ahora queda en manos de la gente demostrar que, más allá de las consideraciones políticas, pueden establecerse relaciones pacíficas entre comunidades que deciden convivir en el respeto mutuo, convirtiendo sus diferencias en riqueza. Seguir esperando un enfoque de arriba hacia abajo en esta materia tan solo va a multiplicar los desacuerdos y alejar el horizonte de la paz.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Barah Mikail es actualmente un investigador sénior de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE). Antes de unirse a esta organización, era investigador sénior del Institut de Relations Internationales et Stratégiques (IRIS) de París (2002-2010), en el área de Oriente Medio y norte de África en temas hidrológicos. Se ha especializado en la región de Oriente Medio y norte de África, y ha cubierto temas como las políticas de la UE y de Estados Unidos en la misma, así como asuntos de seguridad, política y economía. Otras

áreas que ha investigado tienen que ver con la etnicidad, el tribalismo y el islam en el mundo árabe, así como con las cuestiones y desafíos de las políticas hidrológicas.

RESUMEN

La rivalidad y la conflictividad regional entre sunnís y chiíes se remontan a los orígenes del islam, y desde entonces política y religión se han entremezclado a lo largo de 14 siglos, aunque los hechos nos demuestran que la cuestión política y la lucha por el poder han constituido muy a menudo el principal objetivo de los líderes del mundo musulmán. Esto sigue siendo cierto hoy en día. Algunos Estados como Arabia Saudí e Irán están intentando cumplir sus objetivos geopolíticos y estratégicos compitiendo indirectamente por una legitimidad religiosa basada en el sectarismo. Así que resultaría erróneo interpretar la evolución de la región en clave únicamente sectaria. Pero la creciente importancia de la religión en las políticas de Estado constituye indudablemente un hecho a tener en cuenta si pretendemos comprender los desafíos a los que se enfrenta el mundo árabe actual.

PALABRAS CLAVE

Islam, sunnís, chiíes, mundo árabe, sectarismo, Irán, Arabia Saudí.

ABSTRACT

Rivalries and the original misunderstanding between Sunnis and Shiites go back to the origins of Islam. Politics and religion have both been at stake 14 centuries long, but facts stress that political issues and the quest for power have often been the main objectives of leaders of the Muslim world. This remains a reality today. Some States such as Saudi Arabia and Iran are trying to achieve their geopolitical and strategic objectives by pretending indirectly to a religious sectarian-based legitimacy. Reading the evolutions of the region through the only angle of sectarianism would be misleading. But the growing importance of religion in State policies is a fact that must be kept in mind when trying to understand what is really at stake in the Arab world.

KEYWORDS

Islam, Sunnis, Shiites, Arab World, Sectarianism, Iran, Saudi Arabia.

الملخص

يعود تاريخ التنافس والنزاع الإقليميين بين السنة والشيعة إلى بداية ظهور الإسلام، لتختلط السياسة بالدين لمدة 14 قرناً، بالرغم من أن الأحداث بينت لنا بأن قضية السياسة والصراع من أجل السلطة قد شكلا غالباً الهدف الرئيسي لزعماء العالم الإسلامي. وهو الأمر الذي لم يتبدل إلى يومنا هذا. وتحاول بعض الدول مثل المملكة العربية السعودية وإيران تحقيق أهدافها الجيوسياسية والإستراتيجية بالتنافس الغير المباشر حول الشرعية الدينية القائمة على المذهبية. لذلك فمن الخطأ تفسير التطورات الحاصلة في المنطقة إنطلاقاً فقط من منطلقات مذهبية؛ لكن تزايد أهمية الدين في سياسة الدولة يشكل من دون أدنى شك حدثاً يجب أخذه بالإعتبار، إذا كنا نرغب في فهم التحديات التي تواجه العالم العربي اليوم.

الكلمات المفتاحية

الإسلام، السنة، الشيعة، العالم العربي، المذهبية، إيران، العربية السعودية.